

La huella del agua

En la época de los musulmanes en Al-Ándalus, Alhamar, el calife, gobernaba. En un día que el calor se le hacía insupportable se le ocurrió una idea brillante, que sin saberlo, cambiaría totalmente el futuro paisaje de Granada. Construir un gran jardín y huerta en el patio de su palacio.

Para llevarla a cabo despojó todo un berguicillo que había al lado de su casa y comenzó a nivelarlo. En el centro marcó un gran espacio donde se encontraría la alberca. Encontró un afamado arquitecto y le dejó el diseño en sus manos.

Todo había quedado perfecto. Desde la alta de la torre de su palacio lo observaba todos los días. El diseño era como un corazón, donde desembocaban arroyos de agua rodeados por jardines y huertas. Solo una de ellas expulsaba el agua que volvía al río Darro.

Pero eso no lo llenaba del todo, quería más. Pronto se vio construyendo un montón de albercas en todos los lugares posibles de la Alhambra.

Cada vez que miraba desde la alta de su torre veía cientos de diminutas destellas plateadas y verdes que hacían que a cualquier visitante se le parara el corazón. Si en el mundo había algo que fuera el paraíso tenía que ser aquella.

Pero para él solo era lo suficientemente buena.

En una noche cualquiera. De repente se vio inmerso en un extraño sueño. Estaba en un jardín. Era enorme.

tenía el mismo deseo que su primera alberca. También había casas. Recorría las riachuelas que formaban ese tablero de garcines y ciprés. En lo alto de una colina había una fortaleza. El corazón le dio un vuelco. Esa fortaleza era su fortaleza. De repente comprendió. Aquel bello jardín era la Vega. Se despertó y automáticamente hizo llamar al arquitecto, pero aquel entonces un gran amigo suyo y le contó la revelación que Ah le había mostrado.

Tres días y tres noches se encerró el arquitecto en su habitación con los planos de la Vega, confeccionando el jardín y los huertos, pero sin mover ni deteriorar ninguna cosa y haciéndole igual de transitado. Durante aquel período A llamar apenas comía y bebía. La impaciencia lo corría por dentro, como un quiso a una marraña.

Cuando se terminaron los planos no tardó ni un día en poner a trabajar a todo el que pudiese hacerlo. Mientras, la vejez lo iba debilitando.

Cuando todo hubo terminado, la Vega estaba llena de huertos y acequias. El se encontraba ya en sus últimos días. Todos los días disputaba contemplando. Según él, era su obra maestra.

Murice en un pequeño huerto dando un paseo. Desde entonces si te esmeras puedes encontrar su espíritu paseando cualquier tarde por la Vega. Un hombre que dejó una huella llena de vida: "la huella del agua".